

Annabella y el Duende Azul

Un cuento de Navidad



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 114117. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

Annabella y el Duende Azul

Un cuento de Navidad

Fernando Olavarría Gabler

Annabella era una niña de siete años y la menor de tres hermanas. Ellas vivían en el segundo piso de una vieja casa en Viña del Mar.

Su padre, un distinguido constructor civil era el jefe de una respetable familia donde reinaba la paz y el amor en cada uno de sus miembros. Sin embargo dichas riquezas espirituales no iban al compás con la riqueza del dinero y la sencillez en el vivir era una manifestación más de la presencia de Dios en esa familia.

Una de las entreteniciones favoritas de la niña, una vez hechas las tareas de la escuela, era la de sacarse los zapatos y ponerse las gruesas medias rojas que le había tejido la tía Pina.

Al atardecer Annabella iba al largo pasillo de tablas relucientes y bien enceradas que había en la casa, se encaramaba sobre un baúl situado en un extremo del pasillo y saltaba hacia el piso deslizándose como si fuera una eximia esquiadora.

Annabella no sabía que el baúl, que había pertenecido a su abuela, era mágico; de otro modo no se explicaba el prolongado trayecto que lograba con sus saltos hasta más allá de la mitad del reluciente corredor.

Se suponía que el baúl estaba hecho de madera y forrado en cuero, pero no era cuero de vaca sino de rana. En sus ángulos y aristas tenía refuerzos de hierro y en su base había cuatro ruedecillas que permitía su traslado con facilidad, así no se sentía tan pesado.

La tía Pina decía que algunos personajes de la ciudad deberían de tener ruedecillas en su base para que no fueran tan pesados, mas la niña no entendía las risas que provocaban los chistes con algo de malicia de la tía.

Pero lo más importante de este viejo baúl italiano era que en su interior vivía un duende. Un duendecillo muy hábil. Durante muchos años había empleado un sinfín de artimañas para hacerse invisible o

pasar desapercibido disfrazándose de niño. Abría una puertezuela secreta del baúl y entraba a una madriguera de ratones y por ella salía a la calle, se vestía como niño, tocaba el timbre de la casa de Anabella y lo dejaban entrar.

¡Anabella! -gritaba la mamá-. Antuco, el hijo de la vecina te viene a visitar y desea jugar contigo.

Antuco subía corriendo la escalera y llegaba hasta donde Anabella que estaba encaramada arriba del baúl lista para saltar con sus medias de lana roja hacia las tablas enceradas.

Antuco se subía a la tapa del baúl y saltaban juntos.

¡Qué felicidad! Se deslizaban por las tablas lisas y brillantes hasta llegar al final del largo corredor.

Este juego duraba un buen rato y cada salto que daban los niños desde el techo de la casa del duende, retumbaba como un fuerte golpe en el piso de abajo.



Allí vivía un viejo solitario.

No podría decirles mucho sobre la historia de este personaje. Recuerdo que le faltaba una pierna y que la reemplazaba por una muleta de madera. Poseía una tupida barba y fumaba pipa.

Era español. Se decía que había sido un famoso pirata y ahora estaba jubilado, y su pierna se la había comido un tiburón.

Lo que sí no cabía dudas es que el viejo solitario era un cascarrabias; no sé si por la mascada del tiburón o por la diabetes. Cuando pasaban los minutos y las medias horas y Anabella y el duende Antuco seguían saltando allá arriba sobre su cabeza, el español se subía trabajosamente a una silla y con la muleta en alto golpeaba el cielo de su habitación. La tolerancia había llegado a su fin. La mamá de Anabella ordenaba la supresión del juego y echaba a Antuco de vuelta a su casa. Éste, sin que nadie se diera cuenta regresaba al baúl por el túnel de ratones.

Se aproximaban los días de Navidad y Antuco no había visitado a Anabella para jugar a los saltos desde el baúl.

La niña le había pedido al viejo de Pascua una muñeca y estaba ansiosa que llegara la fecha para recibirla. Su padre le había explicado que la Navidad significaba el cumpleaños del niño Jesús y por ello, en homenaje a Él, todos los niños del mundo cristiano también recibían regalos.

El viejo de Pascua y también los Reyes Magos estaban encargados de repartir los juguetes.

Este viejo de Pascua venía de muy lejos en un trineo que navegaba veloz por el cielo. El viejo bajaba por las chimeneas de las casas o entraba por las ventanas de los dormitorios y depositaba los juguetes a los pies de las camas de los niños.

Anabella se imaginaba que la muñeca que le iba a traer el viejo iba a ser muy grande porque el pasillo donde estaba el baúl tenía un

enorme ventanal que lo recorría de un extremo a otro. Estaba inquieta con esta idea y una noche despertó sobresaltada.

Sus hermanas dormían en sus camas; entonces se levantó algo sonámbula y se dirigió al corredor.

La noche estaba hermosa y una luz azulosa que venía de las alturas penetraba por los ventanales del pasillo.

Una de las ventanas estaba abierta y millares de estrellas titilaban en el firmamento.

La ciudad estaba silenciosa y la Luna, allá lejos, terminaba su recorrido contemplativo sobre la faz de la Tierra.

La niña se dio cuenta de que no estaba sola en el pasillo. Alguien estaba sentado sobre el baúl de la abuela.

En un principio pensó que era Antuco, su amiguito, pero se veía muy grande para que fuera él.

Curiosamente no sentía temor ante esta escena y se acercó al

baúl.

Se encontró con un anciano vestido de rojo. Calzaba botas de cuero y sobre su cabeza llevaba un gorro también rojo con un pompón blanco en la punta.

Sus ojos eran muy bondadosos y le recordaron a los de su padre porque la miraban con gran cariño.

-¿Quién eres? -preguntó la niña.

-Soy el amigo de todos los niños -respondió el viejo.

-¿Eres el viejo de la muleta?

-No.

-Él se pone de mal genio cuando saltamos y hacemos ruido.

-¿Por qué estás aquí?

-Estoy descansando. Acabo de terminar mi trabajo.

-¿En qué trabajas?

-Reparto juguetes.

-¡Ah! ¿Acaso eres el viejo de Pascua?

El viejo sonrió a través de sus barbas blancas.

-Dime viejito ¿Me trajiste la muñeca que te pedí?

-Tengo el saco vacío -dijo el viejo- pero ya llegará. ¿Qué te parece que la busquemos en el cielo?- ¡Ven! Te invito a dar un paseo.

Diciendo esto se levantó y tomando a la niña de la mano salieron por la ventana y se subieron a un trineo que flotaba en el aire. Éste no tenía ruedas sino esquís y estaba tirado por catorce robustos renos. Los animales permanecían silenciosos esperando las órdenes de su amo.

-Siéntate a mi lado -dijo el viejo- y abrígate bien con esta piel porque allá arriba hace mucho frío.

El viejo estaba por restallar su látigo en el aire cuando se oyó una aguda voz en el pasillo que gritaba:

¡Espérenme! ¡No me dejen! ¡Yo también quiero ir! Era

Antuco. Había levantado la tapa y salido del baúl y al no tener tiempo de disfrazarse de niño, venía con su pijama azul de duende.

El viejo sonrió ¡Apúrate Antuco que partimos!

El duende corrió por el pasillo y de un salto se subió al trineo.

El viejo dio un extraño grito y los renos mugieron, regañando y empezaron a caminar. Entonces el trineo se deslizó suave y lentamente.

El viejo hizo restallar el látigo en el aire y de la punta salieron miles de luces blancas como chispas voladoras. ¡Era la señal! Los renos se alzaron en dos patas y partieron veloces y felices por los aires.

¡Por el firmamento!

¡Volaban vertiginosamente a una velocidad increíble describiendo gigantescos semicírculos!

La Tierra quedó atrás y la noche se abrió hacia el viejo, su trineo y los niños como una madre que acoge a sus hijos en un gran

gesto de amor.

Los renos galopaban silenciosamente y los niños fascinados contemplaban la grandiosidad del universo creado por Dios.

Las lunas, estrellas y soles de incontables galaxias brillaban alrededor de ellos en un mundo mágico, maravilloso, jamás visto por ser humano alguno.

A Anabella le recordó todo aquello los chiches que colgaban en los pinos de Navidad.

¡Estaban volando en el Gran Árbol de Pascua del Firmamento!

¡De toda la Creación!

-¡Buscaremos tu muñeca! -gritó el viejo- y dando un golpe de riendas, los renos viraron iniciando una gran parábola.

El cielo se iluminó de incontables pequeñas estrellas centelleantes y todas ellas cantaban alabando al Señor. Se aproximaban al trineo en la forma de un grandioso coro celestial.



Anabella se dio cuenta de que las estrellas se convertían en ángeles o hermosos espíritus de niños alados que se acercaban cantando y sonreían al verla. Se veían bellísimos y coreaban una solemne canción de Navidad que llenó de gozo a los viajeros.

Es la hora que regresemos -dijo el viejo. Tus padres te echarán de menos si continuamos en este mágico viaje. Duérmete niña. Despertarás en tu casa. Anabella cerró los ojos.

Despertó en su cama. El Sol de la mañana alumbraba el dormitorio. Sus dos hermanas aún dormían al lado de ella.

A los pies de su cama estaba la muñeca tan deseada. ¡Qué hermosa era! Parecía uno de esos ángeles que había divisado en su viaje por el cielo.

La niña se acercó a ella y la abrazó.

-¡Gracias viejito de Pascua por la muñeca y el viaje! ¡Todo ha sido maravilloso! Te deseo un lindo regreso a casa. Que éste sea sin

ningún peligro. Que descanses y te repongas de tu trabajo...

Mientras la niña decía estas palabras, allá lejos, pero muy lejos, en el polo norte, una terrible tempestad de nieve cual huracán de hielo y muerte barría las áridas estepas.

Un trineo trataba de aterrizar sin poder lograrlo. Mugían desesperados los renos ya sin fuerzas por tan agotadora carrera. A pesar del último esfuerzo se les doblaban hacia atrás los cuellos debido a la poderosa ventisca.

El viejo, ya no era viejo. Con sus fornidos brazos manejaba con gran destreza las riendas y el látigo.

¡ARRRRREEE! ¡AAARRRRREEE! ¡OOUUUIIT!
¡OUUUUUU-UIII! ¡OUUUIT! Su ceñudo rostro semicubierto de nieve y hielo buscaba una salvación.

El trineo estaba a punto de volcarse, de girar en torbellino y partirse en mil pedazos por la fuerza del huracán.

De pronto vino la calma. Amainó el viento y la nieve. Los renos pudieron descender y trotar presurosos por la estepa helada hasta llegar a casa. Allá en la lejana Laponia.

-Gracias mi niña -murmuró el viejo. Tu hermosa oración me ha salvado.

Ahora reinaba la calma y la noche polar se dejaba ver con su incomparable belleza.

El viejo le quitó los arneses a los renos y los arreó al establo. Después les dio una triple ración de líquenes. Bien se la merecían. La jornada había sido agotadora.

Cuando retiraba las pieles y el gran saco vacío del trineo, notó que algo se movía dentro del saco. Extrañado hurgó en el interior y salió ¿saben quien? ¡El duende Antuco!

-¿Qué estás haciendo aquí duende, tan lejos de tu baúl? -preguntó el viejo.

-Me escondí en el saco -dijo Antuco- para acompañarte en tu largo viaje y ayudarte.

-Mucho me has ayudado metido dentro de ese saco -rió el viejo.

-Ven. Entra a casa. Beberemos algo caliente. ¿Te gusta la leche de rena?

-Me agrada muchísimo la leche -dijo Antuco.

-Dime Santa Claus ¿aceptarías que yo fuera tu ayudante?

-¡Acepto! Dijo el viejo-. Después de todo, siempre he trabajado solo y necesito a alguien que herede este oficio porque me estoy poniendo cada vez más viejo. Algún día, cuando yo muera, tú me reemplazarás y entonces el viejo de Pascua ya no vestirá de rojo sino de azul como tu traje de duende...

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina